

EL COLAPSO TERRITORIAL COMO SOLUCIÓN ESPACIAL DEL CAPITALISMO: PAISAJES POST-COLAPSO PARA UN NUEVO CICLO CIVILIZATORIO

Xosé Constenla Vega
Universidade de Vigo
xose.constenla@uvigo.es

En la presente comunicación se planteará un análisis de la sociedad, la economía y la cultura a través de una óptica espacial, empleando para ello el concepto de “colapso territorial”. El objetivo será elaborar una reflexión partiendo de las diversas patologías detectadas sobre el territorio en las últimas décadas y que han dado por determinar una pérdida continuada de complejidad ecosocial del sistema.

En los últimos tiempos, hemos asistido al surgimiento de la narrativa del “colapso” referida a distintas realidades socioeconómicas de conflicto¹. Se habla de colapso energético, demográfico, turístico, bursátil, climático, sanitario o viario, entre muchos otros, confiriendo un significado de caos, catástrofe o congestión. Algo así como un desajuste extremo entre los recursos existentes o disponibles y la demanda real o ficticia. En todos los casos, constituyen patologías del sistema que afectan, desde diversos puntos de vista, a la vida de las personas y que, en casi todos, poseen una vocación de afección principalmente económica y/o política. De algún modo, emanan de la tradicional hegemonía de pensamiento crítico –a la vez histórica y económica- que considera el territorio como un mero soporte físico de las relaciones, construcciones y actividades humanas. Sin embargo, en todos los casos, de un modo más o menos específico, existen “costes espaciales”, o dicho de otro modo, esos “colapsos” se pueden entender como soluciones espaciales del desarrollo prolongado del sistema capitalista.

Será necesario emplear herramientas que nos permitan pensar espacialmente y por tanto espacializar distintas variables para poder valores los “costes espaciales” señalados. En este sentido, la utilización de la Teoría General de Sistemas (TGS) permite realizar una primera consideración que abre las puertas a esa nueva imaginación geográfica: la comprensión del territorio como un sistema. Por un lado, se deja atrás así la idea de mero soporte físico y, por otro, se le confiere una naturaleza orgánica *per sé*. Un sistema territorial entonces, que está compuesto por distintos elementos (naturales y sociales) que se relacionan entre sí, intercambiando “energía”. Esas interrelaciones construyen, modifican, enriquecen o destruyen el sistema porque son parte dinámica del mismo. Pero además, el propio sistema, como estructura organizada, incide e interpela a cada uno de los elementos que lo componen individual o colectivamente. En consecuencia, el espacio, “materializado” en el propio sistema, altera el comportamiento de los elementos naturales y humanos que lo componen, y, al mismo

¹ Taibo, 2016

tiempo, las relaciones que se dan entre estos elementos determinan la construcción del sistema mismo, o sea, del espacio.

Así, la premisa básica de este estudio establece que el sistema capitalista ha sustituido la lógica espacial del sistema (*spatial fix*) por una materialidad artificial y poco comprensible para los seres humanos que lo habitan a través de los procesos de acumulación por desposesión. El resultado es que las anteriores relaciones humanas, mucho más naturales, diversas y plurales, que se daban sobre el territorio, acaban por homogeneizarse y reduciéndose, perdiendo así el sistema buena parte de su complejidad. Precisamente, el colapso se puede definir como el resultado de una pérdida considerable y continuada de complejidad². Pero además, los propios elementos del sistema territorial han perdido, a su vez, buena parte de los roles que le eran atribuidos desde los usos sociales, siendo ahora la búsqueda de beneficio económico casi el único.

De este modo, la premisa que Giovanni Arrighi y David Harvey (entre otros) sobre la necesidad del capitalismo por resolver sus crisis a través de una lógica espacial, sirve a este estudio para asumir la seductora propuesta de Edward Soja de “poner el espacio en primer lugar”. De algún modo, se defenderá que el colapso es la solución espacial del capitalismo para el territorio, que se desarrolla de modo desigual en función de diversos factores y condicionantes. En este sentido, sin duda los espacios urbanos serán una pieza básica del colapso territorial, pero no más que las “periferias”. Como síntomas, tenemos todos los conocidos procesos espaciales que diferentes autores han analizado en diversas contribuciones: el exterminio del rural, la atrofia litoral-interior, el desangre demográfico, el “feísmo” (urbanización), las ciudades-aldeas y las ciudades-estado, la proliferación de “parcelas-solares”, en otras palabras; la desaparición de la identidad territorial genuina y, según los casos, multisecular y lo que es peor la multiplicación de “no-lugares” o espacios basura.

Este trabajo, además, defenderá que la pérdida de complejidad que da lugar al colapso territorial, es hoy reconocible en la menor humanización (no solo en términos demográficos) y en la reducción de la biodiversidad (tendencia al monocultivo, espacios en abandono, pobreza de ecosistemas). Todo ello nos ha conducido a una situación ingestiónable por parte de las políticas públicas habituales (del liberalismo a la socialdemocracia) y, también, irreversible; en otras palabras, no existe posibilidad de marcha atrás.

Pero el colapso territorial deja a su vez una serie de “grietas” por las que es posible imaginar algunos paisajes post-colapso, atendiendo, por una parte, a las posibilidades de cada territorio por desarrollar elementos que incrementen la complejidad del sistema y, por otra, a la necesidad de construir un nuevo discurso de base espacial para el pensamiento crítico, que se planteará desde la superación de los modos de producción y reproducción social de la modernidad industrial y desde la inauguración de un nuevo ciclo civilizatorio que establezca una relación distinta entre naturaleza y humanidad. De este modo, el colapso puede ser entendido como una oportunidad y en este trabajo se plantearán –finalmente– algunas reflexiones para la construcción de una nueva imaginación geográfica, atendiendo a los movimientos de abajo a arriba que ya han situado la espacialidad en la agenda política, bien desde la soberanía alimentaria, bien desde la movilidad sostenible y la autogestión de los espacios urbanos o bien

² McNeill, 2000; Diamond, 2006; Tainter, 2006

desde la reclamación, a través también de procesos educativos, del territorio como un sujeto político como ya ha quedado recogido en algunas constituciones latinoamericanas.

El colapso territorial

La idea de colapso suscita cierta noción de cambio. En este sentido, una de las claves va ser que a la situación de colapso se llega en el momento en el que emerge un proceso en el que un sistema pasa de un estado inicial (más complejo) a otro final (menos complejo). En esa evolución transformadora, las diversas y múltiples fuerzas que operan en su interior pueden conducir a una situación de colapso, en la que los elementos dejan de interactuar en función de lógicas pre establecidas por reglas y principios de organización. El colapso surge cuando el nuevo sistema resultante comienza a funcionar sin haber substituido por completo las “fuerzas” que operaban en el sistema inicial o primitivo. El empuje de los elementos aún vivos del sistema anterior hace incrementar el nivel de entropía (desorden) del sistema nuevo, dando lugar a diversos fenómenos de adaptación, de cambios insostenibles, de configuraciones amorfas o, incluso, de funcionamientos atrofiados. En suma, si para algunos solo cobra sentido hablar de colapso en relación con sociedades complejas, para otros el término remite a una desintegración económica de la que “el final de la sociedad industrial no sería sino la última expresión”³.

El nexo entre todo este cuerpo teórico y el campo propio de la geografía, hay que buscarlo en la explicación de la espacialidad, entendida como lógica social, del sistema capitalista. El capitalismo en cuanto sistema económico pasa por diversas fases y casi siempre necesita de una fase “exterior” o expansionista para conseguir su subsistencia. Es en esta fase que logra desactivar los efectos de sus crisis, reubicando excedentes en nuevas periferias que continúen haciendo que el centro siga siendo competitivo. Harvey ha explicado que el capitalismo, en su momento expansionista, necesita transformar –en los lugares de destino- el “capital espacial fijo” para garantizar su supervivencia. Esto es, necesita construir infraestructuras de comunicación, establecer puntos de decisión política, dotarse de una serie de herramientas financieras o tejer una red de telecomunicaciones, entre otras muchas cosas. Estas transformaciones inciden radicalmente en la organización territorial y en los procesos de urbanización, dando lugar a unas condiciones óptimas para acoger a los flujos de mercancías, personas y capitales, que serán en última esencia quienes garantizarán la existencia de un beneficio económico y, en términos de la Teoría General de Sistemas, una situación de equilibrio.

En este punto, la integración de la mirada sistémica a través de la lente harveyana en conjunción con el nutrido discurso que deviene de la ecología, permite construir una representación del colapso poniendo en primer lugar aquellos rasgos que poseen un componente espacial. Es decir, numerosos factores e impactos en la formación y desarrollo de una situación de colapso son identificables, antes de nada, poniendo el “espacio en primer lugar”. Migraciones, guerras, procesos de urbanización, movilidad, recursos naturales, energía, catástrofes ambientales, incendios y deforestación, abandono de tierras de cultivo, entre otros procesos, todos de base territorial, forman parte del “desarrollo geográfico desigual” en un sistema donde algún resorte no funciona o dejó de funcionar, fundamentalmente, por la pérdida de complejidad, en cuanto diversidad y capacidad de resiliencia. Visto así, el colapso puede ser entendido como la antítesis del estado de equilibrio de un sistema, en el cual la entropía (desorden) es elevada, provocada por las tensiones que ejercen algunas “fuerzas” que no saben operar en las condiciones

³ Taibo, 2016, p. 21

establecidas por el nuevo “capital espacial fijo” o porque no ha existido propiamente esa transformación del sistema. En otras palabras; ¿qué pasa cuando el paso de un sistema a otro no conlleva la aparición de esa nueva configuración territorial? En algunos casos, las fuerzas del sistema primitivo no se van acabar de adaptar a los cambios en el nuevo y, así, éste no va a ser capaz de transformar al capital espacial fijo (por ejemplo, la extrema parcelación de la propiedad da tierra agraria) que garantice su supervivencia.

En este sentido, destaca a aproximación del geógrafo Jared Diamond que señala que el colapso constituye “un retroceso drástico del tamaño de la población humana y/o de la complejidad política/económica/social, en un área considerable y durante un tiempo prolongado”⁴. En esta obra se procura una explicación ecológica para muchos colapsos, vinculados con la deforestación y la destrucción del hábitat, con la erosión y la salinización de los suelos, con la mala gestión del agua, con la práctica abusiva de la caza, con los efectos de la introducción de nuevas especies o con el crecimiento de la población humana. Relacionados la mayoría de las veces con cambios en el clima y, en general, con fenómenos naturales, este tipo de procesos analizados por Diamond afectaron a sociedades complejas que nada tenían de frágiles y aisladas. En este sentido, identifica cinco factores de hundimiento de las sociedades: la degradación ambiental o el agotamiento de los recursos, el cambio climático, las guerras, la pérdida repentina de socios comerciales y la deficiente reacción ante los problemas ambientales. Este listado de cuestiones guarda una intensa relación con las “soluciones espaciales” que Harvey propone como caminos de respuesta del sistema capitalista frente a sus crisis; sobre todo a través de las guerras e y los procesos demográficos.

Por su parte, Joseph A. Tainter, realiza un análisis detallado de una serie de civilizaciones antiguas, con la idea de buscar un "patrón", una causa-resumen, que pudiese servir de explicación válida para la gran mayoría de los colapsos (entendidos como conclusiones aceleradas) de anteriores civilizaciones. Señala que una sociedad colapsa “cuando muestra una rápida y significativa pérdida de un nivel establecido de complejidad sociopolítica y territorial”⁵. En estas condiciones, el colapso guarda una intensa relación con factores que reflejarían retrocesos en la estratificación y diferenciación social, en la especialización económica y ocupacional, en el despliegue del control centralizado, en las inversiones en elementos como la arquitectura monumental o las realizaciones culturales, en los flujos de información entre los individuos, entre los grupos políticos y económicos, y entre el centro y la periferia, en la redistribución y organización de individuos y grupos, y, en fin, en la integración de los territorios en una unidad política común.

Resulta necesario realizar alguna referencia al empleo del concepto de complejidad con respecto al colapso. Tainter entiende que la complejidad en una sociedad constituye una variable multifactorial, siendo indicadores de la misma, entre otros, el número de miembros que la componen, las distintas clases sociales en las que se agrupan, la cantidad de roles que puede desempeñar cada individuo en esa sociedad o el grado de especialización en las tareas, la cantidad de organismos o instituciones encargadas del funcionamiento de la sociedad, junto con las diferencias en el acceso a los recursos por parte de los individuos según el papel que desempeñen o la clase social de la que formen parte. También señala que el colapso supone un proceso natural en todas las civilizaciones que puede resumirse como una disminución progresiva de la complejidad en la estructura social de una civilización, como consecuencia de

⁴ Diamond, 2006, p. 6

⁵ Tainter, 2006, p. 4

una inversión insuficiente para mantener las “fuerzas” que la sostienen. De este modo, un estado de colapso puede aparecer tras diversos motivos, ya sean económicos, ecológicos, catástrofes naturales, y en sociedades complejas que pueden controlar con cierta eficacia la naturaleza, los motivos pueden ser puramente energéticos. Estas nociones, junto con un estudio detallado de los casos de colapso civilizatorio, permiten a Tainter llegar a la conclusión de que son los "rendimientos decrecientes" del incremento de la complejidad de las estructuras socio-político-económicas de las sociedades las que llevan, finalmente, al colapso de las mismas, entendiendo que una sociedad "colapsa" cuando "experimenta una rápida y significativa reducción de su nivel previo de complejidad socio-política"⁶.

En cualquier caso, realizando una importante labor de síntesis, es el politólogo Carlos Taibo quien ofrece algunas trazas caracterizadoras del colapso que se derivan de las definiciones y análisis que se han manifestado de mayor impacto en el seno de las ciencias sociales:

Un golpe muy fuerte que cambia muchas relaciones, la irreversibilidad del proceso consiguiente, profundas alteraciones en lo que se refiere a la satisfacción de las necesidades básicas, reducción significativa en el tamaño de la población humana, una pérdida general de complejidad en todos los ámbitos, acompañada de una creciente fragmentación y de un retroceso de los flujos centralizadores, la desaparición de las instituciones previamente existentes y, en fin, la quiebra de las ideologías legitimadoras, y de muchos de los mecanismos de comunicación, del orden antecesor⁷.

De todos modos, el concepto de colapso posee algunas “aristas” o problemas a la hora de determinar una acepción delimitada. Por ejemplo, para Taibo no siempre resulta fácil establecer una distinción entre una situación de colapso y otra de mera decadencia de una sociedad, traducida en una serie de reestructuraciones políticas, económicas y sociales. A este respecto, Jared Diamond señala que “el fenómeno del colapso constituye una forma extrema de diversos tipos de decadencia más suaves”, para a continuación recordar que resulta “arbitrario decidir cuál debe ser el grado de decadencia de una sociedad para que las trazas correspondientes sean etiquetadas en su conjunto como colapso”⁸.

A pesar de que a complejidad de un territorio supone una cuestión measurable cuantitativamente a través de indicadores y que, por tanto, podría ser un ejercicio asumible desde el momento que existan datos y microdatos disponibles, la intención aquí es evidenciar su pérdida en el sistema territorial a través de aspectos cualitativos que llevan decenios siendo alimentados por, al menos, dos cuestiones relevantes (figura 1). En primer lugar, muchos territorios son hoy realidades menos humanizadas y, en algunos casos, van camino de dejar de estarlo definitivamente. En segundo lugar, muchos otros son en la actualidad realidades menos biodiversas o van camino de ser homogéneos en términos ambientales o, en el peor de los casos, de acabar abandonados. Pero además, la situación a la que han llegado posee otras dos circunstancias complementarias que permiten consolidar, más si cabe, la idea de colapso. Por una parte, que el proceso de pérdida de complejidad parece irreversible, en los términos de una hipotética recuperación del sistema territorial anterior. Por otra, que la gestión de un territorio con menor complejidad parece, a su vez, insostenible en términos políticos y de inversión pública (sobre todo de continuar con una suerte de prácticas de corte bien neoliberal bien keynesiana). En este sentido, la situación provocada se caracteriza por su naturaleza terminal o

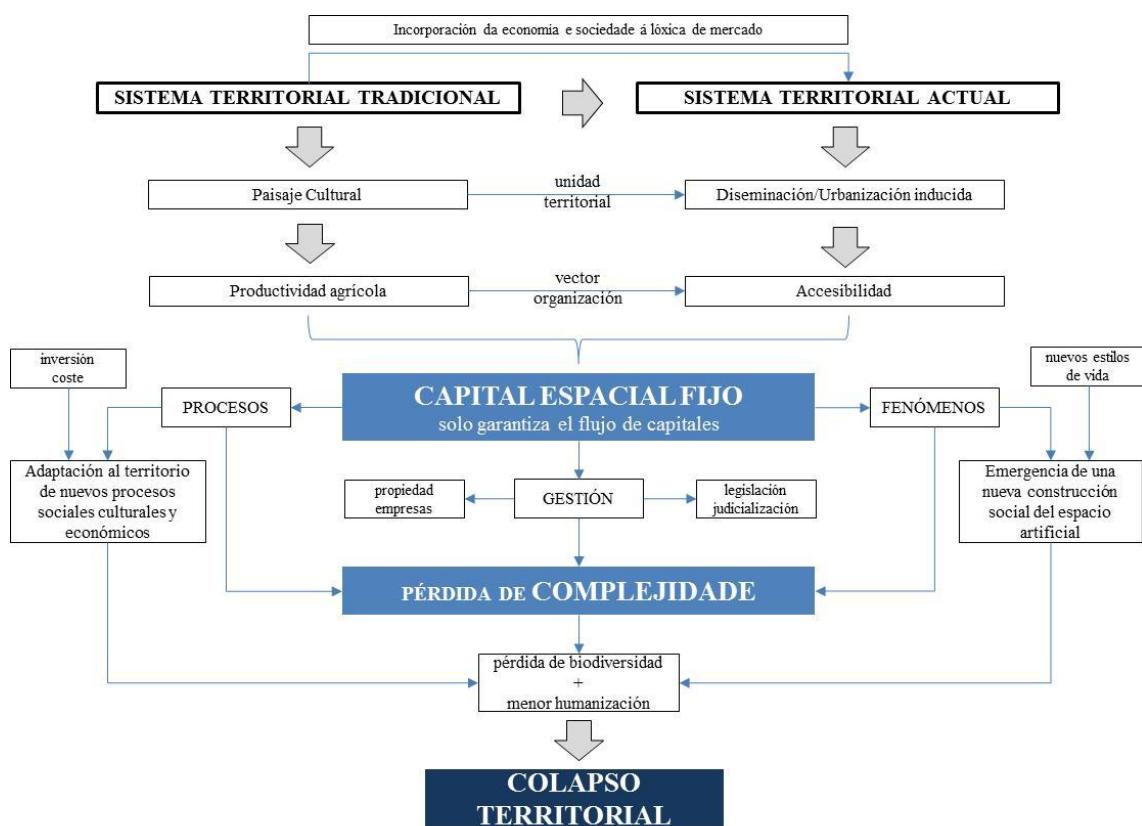
⁶ Tainter, 2006, p. 18

⁷ Taibo, 2016, p. 24

⁸ Diamond, 2006, p. 3

al menos crónica; si se tiene en cuenta que una parte del territorio -la rural- se encuentra en vías de aniquilación, y otra –la urbana- posee cada vez menos potencia en la creación de actividad. Además, resulta necesario poner en relevancia una serie de dinámicas implantadas (fundamentalmente relativas a la lógica da acumulación de capital) que no ayudan para nada a la reconstrucción de los rasgos espaciales identitarios, junto con la incapacidad de dirigir una cantidad adecuada de esfuerzos a la gestión (cando ni siquiera están a siendo gestionados en función de los intereses de las mayorías). A día de hoy, todo indica que esos esfuerzos serían imposibles de cuantificar en una programación presupuestaria sensata a medio plazo y, por lo demás, casi imposibles de conseguir.

Figura 1. Esquema explicativo del Colapso Territorial



Fuente: elaboración propia, 2017.

No obstante, la idea de colapso que se sugiere posee una naturaleza dinámica, de proceso. Por tanto, su despliegue no se produce con armonía espacio-temporal, sino que como si de una patología oncológica se tratase⁹, primero afecta a algunos elementos del sistema para ir sufriendo después una paulatina metástasis. En este sentido, al contrario de lo que se pueda pensar, afecta antes de nada, a aquellos elementos más débiles que han soportado durante decenios un mayor espolio y desatención, sobre todo el medio rural. Aquellos espacios que resisten mejor, aunque sea solo en apariencia, coinciden con los que poseen una mayor diversidad de actividades y roles; las ciudades intermedias y su medio rural próximo. Esta resulta una característica singular del colapso territorial (que abordaremos a continuación), y que se culmina con la idea catastrófica de “hecatombe” planetaria que afectaría en primer lugar

⁹ Naredo, 2010

a las grandes concentraciones urbanas. Aun así, el característico proceso de desarrollo económico padecido, junto con unas lógicas antropológicas e políticas especialmente nocivas, han dibujado una geografía del colapso igualmente peculiar. En cualquier caso, parece que será la biosfera terrestre y marina –la naturaleza-, con toda su riqueza, en ausencia de una potencia antrópica devastadora y bajo una regulación respetuosa y coherente, la depositaria de una hoja de ruta alternativa al relato actual de colapso territorial.

Los Paisajes Postcolapso

El colapso no afecta por igual al conjunto de los territorios. Aquellos con mayor nivel de dependencia, donde la configuración obedece a los flujos de movilidad y donde se dejan notar con más intensidad las tensiones provocadas por la demanda de suelo y de accesibilidad, serán los frágiles. Por el contrario, aquellos otros que mantienen cierta diversidad de usos y permanecen activos en las lógicas sociales, ya no solo como meros soportes, se verán menos afectados. Es decir, lo que hoy es considerado como el imaginario central del sistema constituye el eslabón más débil; o en otras palabras, los espacios más influenciados por los procesos de construcción artificial y por las consecuencias de los numerosos impactos de la acumulación por desposesión, que en la actualidad les sirven para obtener una ventaja comparativa, son también su principal amenaza. Mientras, los territorios que no han llegado a perder su importancia en lo “local” y que han logrado mantener, por impensable que resulte, cierto nivel de personalidad simbólica, se comportarán mejor frente al colapso.

Entre los elementos más afectados por el colapso territorial se encuentran las ciudades y sus regiones metropolitanas, los espacios rurales más desconectados y las áreas turísticas. Los que mejor se comportarán serán los márgenes rururbanos, las ciudades intermedias y aquellas pequeñas comarcas con capacidad de autogestión. Del distinto comportamiento de unos y otros frente a la pérdida de complejidad, la homogeneización y la deshumanización, se pondrá identificar oportunidades para posibles escenarios postcolapso.

En el caso de las principales áreas urbanas, hay que tener en cuenta que se trata de los elementos del sistema que más se han beneficiado de la transformación del vector de organización interna, que si bien en el siglo pasado estaba definido por el sentido de la producción, ahora ha sido sustituido por la accesibilidad. Es cierto, que en esencia sigue siendo una cuestión muy vinculada a los efectos acumulativos en el espacio, pero frente al desigual comportamiento del mercado de la vivienda y de los bienes de consumo urbanos, en la actualidad los desplazamientos de personas y mercancías gobiernan buena parte de la rutina diaria en las ciudades, tal vez de un modo más agresivo. Esta nueva configuración ha provocado un aumento exponencial, aún más si cabe, de las lógicas de competición y de depredación. La dialéctica “depredador-presa” de la que nos habla Naredo¹⁰ se ha convertido en la principal patología del universo urbano, resituando las dinámicas centro-periferia en la base de la discusión. Hoy en día, un tren de alta velocidad que conecte una gran metrópolis con una ciudad intermedia, acaba por saldar un resultado extremadamente negativo para la segunda. Pensemos, por ejemplo, en una compañía de teatro o un musical; la pregunta será: ¿hasta qué punto compensa “estrenar” en la ciudad intermedia un espectáculo cuando los beneficios pueden ser mejores si simplemente se subvencionan los desplazamientos? Es decir, las grandes ciudades se han convertido en las principales beneficiarias de la acumulación que ya no solo centraliza las

¹⁰ Naredo, 2010, p. 108

actividades, sino que acaban por reducir al máximo la oferta laboral y cultural en un radio cada vez más amplio.

El caso de las áreas rurales más desatendidas es todavía más visible. Hoy en día es posible hablar de ámbitos despoblados, abandonados o en vías de estarlo. El papel que han venido jugando las infraestructuras de comunicación en los últimos decenios, ha contribuido que a que la población haya concentrado en los puntos de salida o destino, donde poco a poco se han ido acercando los principales servicios. El resultado es que hoy es posible llegar de modo más o menos rápido a casi cualquier ubicación siempre que se encuentre integrada en la malla de comunicaciones convencional. Cientos de asentamientos menores se han visto relegados al abandono, rompiendo de paso con la lógica espacial de los usos sociales y contribuyendo a la pérdida de identidad. Las personas de hoy día somos más espaciales en términos globales que las de antes, pero tenemos menos conciencia del territorio que habitamos, es decir, nos hemos convertido en seres “no cognoscentes”. Vamos muy rápido de un lugar a otro, pero nuestra curiosidad ha disminuido y nuestra paciencia es muy limitada a la hora de preguntarnos por donde pasamos. Lo importante es llegar, cuanto más rápido y económico mejor. Pero en realidad no llegamos a ningún lugar, simplemente a nuestra llegada comenzamos a volvemos o a imaginar una nueva llegada. Es una forma de depredación espacial. Mientras tanto, el rural se queda sin gente lo defienda, abriendo así la puerta a la llegada de corporaciones que buscan soluciones de “desarrollo” en grandes infraestructuras; desde minas a telecomunicaciones, desde viales a puertos exteriores, desde parques eólicos a piscifactorías.

Los espacios turísticos poseen toda la carga de la naturaleza artificial que hoy configura a buena parte del imaginario urbano. Sin embargo, en su capacidad de atraer capitales e inversiones, conforman una realidad donde lo ficticio se vuelve todavía más agresivo para el territorio. Su habilidad para acoger los nuevos estilos de vida de la sociedad de consumo, a través de simulacros, es directamente proporcional a su fragilidad frente al colapso. Ello los convierte en piezas clave para la supervivencia del actual sistema, basado precisamente en la falta de diferenciación del diseño urbano y en la repetición de experiencias. Además, de los núcleos propiamente urbanizados de la actividad turística, se podrían incluir aquí, aquellos espacios naturales que cuentan con un fuerte poder de atracción. Playas, archipiélagos, montañas o complejos dunares que en los últimos tiempos han sufrido las consecuencias del aumento de la presión de visitantes. Muchos de ellos, en ocasiones, cuentan con figuras de protección, que con la excusa de su preservación y conservación, han acabado por musealizar aún más esos paisajes naturales y culturales. De algún modo, las políticas de gestión que, bien es cierto, conllevan mejoras, de algún modo, también contribuyen a incluir dichos parajes en la paleta de destinos susceptibles de ser “consumidos”; en otras palabras, los sitúan dentro del engranaje de la mercadotecnia territorial, de la que previamente, y de forma consciente, se habían quedado al margen. La consecuencia es que los usos sociales que durante decenios habían protegido de forma coherente las dinámicas espaciales, ahora son sustituidos por otros, al amparo de planes de gestión. El resultado vuelve a ser que los efectos del colapso son evidentes en la construcción de un imaginario artificial y, por lo demás, masificado.

Por su parte, existen elementos del sistema territorial que soportarán mejor los efectos del colapso, convirtiéndose en la pista a seguir para la búsqueda de soluciones o alternativas. Se trata de ámbitos donde las relaciones sociales sobre el espacio todavía son comprensibles a escala humana. La cooperación es identificable en ellos y, tal vez, porque ni corporaciones políticas ni financieras han mostrado demasiado interés en ellos, o porque las comunidades locales han actuado desde “abajo” por mantener su identidad, siguen mostrando sinergias

emancipadoras. Muchos se han resistido o reconstruido en los últimos tiempos, tras duras etapas de haber perdido buena de la capacidad para retener talento y originalidad. Cuando se habla del “milagro” de Irlanda, de Escocia o de Portugal, se reconoce un camino de vuelta al origen, a la soberanía del lugar y al empoderamiento de las singularidades.

Las ciudades intermedias y pequeñas, por ejemplo, se han mantenido, en cierto sentido, al margen de la lógica del colapso territorial. Es como si la crisis sistémica les hubiese afectado menos o como si tuviesen almacenado una serie de recursos para combatir y paliar sus efectos. Ese almacén ha durado al menos hasta la llegada de la nueva burbuja turística de los pisos vacacionales “piratas”. Las lecturas espaciales a nivel de barrio de plaza o de calle, lograron modificar la agenda política local, introduciendo debates sobre movilidad, servicios públicos urbanos, fiestas, diseño urbano o equipamientos. Existió, con frecuencia, un poderoso movimiento de reclamación de un patrimonio colectivo, que se desarrollaba más allá del portal del edificio. Esto fue posible gracias a que la organización interna de estas ciudades todavía era abarcable desde la experiencia humana. El abastecimiento y las relaciones sociales eran fundamentalmente de orden doméstico y el espacio moldeó amablemente, salvo excepciones, este ritual. Es cierto que no están exentas de patologías vinculadas al colapso, pero en términos generales es posible aceptar que han logrado sobrevivir a ellas mejor que sus hermanas mayores.

En los bordes de las ciudades intermedias, aparecen algunos espacios eminentemente rurales que ofrecen un sustento fundamental. Poseen una serie de atributos que sirven para amortiguar el colapso, bien gracias a la oferta de suelo disponible para la disposición de un tejido residencial difuso y muchas veces inducido, o bien gracias circuitos de distribución local que facilitan el acceso al consumo de proximidad. Ambas características, entre otras, contribuyen a “frenar”, en cierto modo, el despliegue de las lógicas del mercado sobre el territorio y el cambio en el vector de organización interna del mismo (de la productividad agrícola a la accesibilidad). Se establecen así relaciones permeables entre la ciudad y el rural próximo, permitiendo que exista un intercambio de energía constante. Simbiosis y reciclaje como soporte de un mejor ecosistema humano en equilibrio con el medio natural. A ello contribuye la permanencia de una compleja (en términos culturales) red de productores que logran abastecer los mercados urbanos, junto con cierta toma de conciencia por parte de la población local. Sin duda, parece que este tipo de “cinturones de seguridad” suponen ámbitos imprescindibles en los que fijar las preocupaciones en relación a los paisajes postcolapso, ya que una de sus características singulares es que han logrado mantener un elevado nivel de independencia estratégica en base a dos cuestiones fundamentales: la soberanía alimentaria y la pervivencia de una organización interna de elevada complejidad espacial.

En esta pequeña lista de ámbitos que se han comportado mejor frente al colapso, aún es posible nombrar a ciertas comarcas singulares que sortearon, de algún modo sus amenazas y su poder de seducción. Han conseguido, no sin esfuerzos que no han contado con el apoyo institucional, mantenerse al margen de los procesos de pérdida de identidad y crecimiento espontáneo. Suelen ser espacios de “margen”, alejados de los circuitos y los distintivos de marca. Se han beneficiado de haber quedado “fuera de circulación” (y hasta tal vez, ni siquiera debiéramos nombrarlos en este texto). Cuentan con la potencia de algunas gentes que no los han abandonado por completo y que, además, poseen proyectos que no se basan en la competición y el crecimiento, sino que siguen lógicas que procuran el “buen vivir”. En ocasiones, son encontrados por sorpresa porque están impregnados de anonimato y discreción. Afortunadamente, quedan bastantes pero cuentan con pocos medios y lo mejor es que la

mayoría no se parecen en nada unos de otros, al contrario que paseos marítimos, bulevares y centros comerciales. El nexo común a los espacios anteriores es que se han mantenido al margen de fetichización y mercantilización (aunque el riesgo está ahí), gracias a los últimos habitantes que aún emplean técnicas agrícolas y ganaderas antiguas, bailan al son de canciones interpretadas por instrumentos desaparecidos o hablan lenguas y/o dialectos casi en desuso. Tal vez sea mejor no proponer una cartografía que los localice para evitar las consecuencias de que el voraz mercado los integre (habría que preguntar a los “lugareños”). Estos espacios de olvido constituyen hoy una fuente de empoderamiento de cuyo ejemplo se pueden sacar lecciones muy inspiradoras.

El colapso afecta sin duda a aquellos territorios más dependientes de la tecnología y de los mercados multinacionales. Ámbitos que se han desarrollado bajo una demanda ficticia y que como consecuencia también son abandonados a la primera de cambio (desde auditorios a aeropuertos, desde ciudades fantasma a autopistas, desde los parques temáticos o logísticos a los biosaludables o fluviales). Por el contrario, aquellos otros que han logrado mantener cierto nivel de complejidad espacial, gracias al contacto con un rural próximo o a la pervivencia de algunos factores identitarios no fagocitados por las garras del mercado, serán los que mejor se comporten, y por tanto, los que en una hipotética situación postcolapso, liderarán el cambio civilizatorio. A continuación se propondrán algunas herramientas e ideas para llevarlo a cabo.

Cambio civilizatorio y emancipación espacial

Boaventura de Sousa Santos concluye en su *Justicia entre Saberes: epistemología del Sur contra epistemicidio* que:

El capitalismo vive hoy uno de los momentos más destructivos de su historia reciente, como bien lo atestiguan las nuevas formas de acumulación primitiva mediante la desposesión, desde la incautación de tierras al robo de los salarios y los rescates de la banca; el sometimiento a la ley capitalista del valor de los bienes y recursos comunes, que se traduce en el desplazamiento de millones de pobres campesinos y pueblos indígenas, en la devastación medioambiental y en los desastres ecológicos, y en la eterna renovación del colonialismo, que, con disfraces antiguos y nuevos, revela el mismo impulso genocida, la misma sociabilidad racista, la misma sed de apropiación y violencia contra unos recursos considerados infinitos, y contra personas tenidas por inferiores e incluso no humanos¹¹.

El economista y escritor Jose Luis Sampedro, advertía ya en el año 2011, dentro de un documental titulado “Generación perdida”¹² y dirigido por David Martín de los Santos, que “otro mundo es seguro”. Con ello, matizaba a quienes han escrito sobre la posibilidad o la probabilidad de que la existencia humana fuese a sufrir una transformación, “bien hacia adelante, bien hacia atrás”. Lo que Sampedro defendía es que estamos abocados al cambio y que ahora haríamos bien planteándonos como queremos llevarlo a cabo. Se ha venido hablando mucho de un próximo, urgente y necesario cambio civilizatorio. De algún modo, la crisis sistémica actual ha activado las maquinarias neoliberales de los países “desarrollados”, trayendo consigo una nueva regulación social, plagada de recortes y agrandando las desigualdades. Además, se ha instalado una “letanía de frustración” que hace imposible, en

¹¹ Santos, 2017, p. 73

¹² Puede consultarse en <<http://www.rtve.es/alacarta/videos/documentos-tv/documentos-tv-generacion-perdida/1219065/>>

muchos casos, la organización de respuestas emancipatorias. Las ciencias sociales, en general, -y la geografía, en particular,- se han mostrado muy capaces de ofrecer un análisis concienzudos de la situación, pero poco eficaces a la hora de construir alternativas y propuestas que iluminen ese cambio. Tal vez, como señala Boaventura de Sousa Santos, han sido relegadas a una posición de “retaguardia”¹³, dando apoyo solo logístico a la práctica política. Siendo así, afrontar desde las ciencias sociales el cambio civilizatorio para que lleve a una mejora de las condiciones de vida, conlleva necesariamente un cambio epistemológico que inaugure una forma distinta de pensar.

Una de las cuestiones centrales que rodea a la forma de pensar de nuestro tiempo, es la manera en que la humanidad se ha venido relacionando con la naturaleza. Las sociedades industriales, bien obreras (socialistas) bien burguesas (capitalistas), han entendido tradicionalmente esta relación como una cuestión de dominación. En este sentido, la naturaleza se ha venido comprendiendo durante al menos los últimos 200 años, casi inexorablemente, como una fuente –inagotable o no- de materias primas, a la que era posible llevar al límite de sus reservas. El objetivo fundamental ha sido aumentar el proceso de acumulación, sin importar el daño causado. De hecho, agotar cualquier tipo de recurso natural favorecía el proceso de acumulación, ya que la escasez contribuye a encarecer el acceso a su consumo. Es cierto que se podrían enumerar algunas propuestas políticas y económicas que han sugerido límites a la explotación del medio natural, pero parece correcto señalar que, en esencia, la depredación y la aniquilación son dos características particulares del “antropoceno”. Además, esta forma de entender la naturaleza como una despensa bajo control económico y militar, adquiere rasgos dramáticos cuando potencias del “centro” del sistema, toman la decisión de expandir sus fuerzas de acumulación sobre territorios que caracterizaban identidades locales singulares situados en la periferia. El motivo fundamental es que este proceso propicia el desarrollo de un “nuevo imperialismo”, cuya principal herramienta es la desposesión.

La inauguración de un nuevo ciclo civilizatorio debiera contener la premisa de establecer una relación naturaleza-humanidad en términos, ya no de dominación, sino de equidad. Ello significaría romper con un largo período de pensamiento eurocéntrico (incluidas las posiciones más críticas) y, a su vez, formaría parte de un proceso más amplio de descolonización¹⁴. Ahora bien, si resulta sencillo reconocer en la parte humana de la relación la existencia de un sujeto político al que atribuir derechos y deberes, no lo es tanto en la natural. En otras palabras, para reconocer a la naturaleza como un “igual”, sería necesario establecer un sujeto natural, espacial y, a la vez, político que gozase *per sé* de derechos.

Esta cuestión debe ser afrontada por las ciencias sociales, que deben sufrir un cambio epistemológico como viene sugiriendo Boaventura de Sousa Santos. Sin embargo, dicha transformación no afronta las debilidades que ofrece la hegemonía histórica de la Teoría Social Crítica, sino que profundiza en la idea de “progreso” como núcleo de la teoría de la historia de la modernidad y en los nexos que se establecen entre la experiencia social (presente), que antes dependía de su relación con el pasado, y las expectativas sobre el futuro. Progreso y universalismo constituyen las más poderosas fuerzas motrices de los proyectos emancipatorios del siglo XX. Ahora bien, dicha emancipación, entendida como la lucha por la conquista de formas más progresistas de regulación social, conduce a un bucle sistémico si se establece una relación dialéctica entre regulación y emancipación (es decir, cada regulación establecida dará

¹³ Santos, 2017, p. 31

¹⁴ Grosfoguel, 2006

lugar a un movimiento emancipatorio que, a su vez, desarrollará un nuevo estado de regulación y así sucesivamente). El conflicto llega cuando dicha relación dialéctica se rompe durante el segundo decenio del siglo XXI, ya que los movimientos emancipatorios pocas veces parecen fructificar en nuevas regulaciones más progresistas, sino al contrario. La idea emancipación social entra en declive en la época actual, bien por descrédito bien por contingencia, llegando a impulsar una regresión. A su vez, por más duras que se muestran las condiciones de vida de las regulaciones sociales occidentales, difícilmente dan lugar a la emergencia de nuevos proyectos emancipadores.

Dicho sujeto “espacial” permitiría pasar del Derecho a la Ciudad al Derecho de la Ciudad, pudiendo, en su caso, matizar el enunciado, cambiando “ciudad” por territorio, lugar, paisaje u otros. Un sujeto que de algún modo ya recogen algunos textos legales que llegan desde el Sur. Por ejemplo, la Constitución de Ecuador recoge en uno de sus capítulos titulado “Derecho de la Naturaleza” el siguiente artículo (número 71): “la naturaleza o Pacha Mama, donde se reproduce y realiza la vida, tiene derecho a que se respete integralmente su existencia y el mantenimiento y regeneración de sus ciclos vitales, estructura, funciones y procesos evolutivos”. En este sentido, Santos reconoce que una de las novedades del nuevo milenio es que “verá cómo el capitalismo llega a sus límites ecológicos definitivos”¹⁵. Sin embargo, para este autor el capitalismo global nunca ha estado más ávido de recursos naturales como hoy, “nunca han sido tan codiciados la tierra, el agua y los minerales”¹⁶. La consecuencia es que las luchas por dichos elementos tampoco nunca habían tenido consecuencias sociales y ambientales tan desastrosas y dramáticas como en la actualidad. Por lo tanto, el necesario cambio epistemológico que traerá un nuevo sujeto jurídico e histórico que el pensamiento de la modernidad eurocéntrica nunca llegará a comprender, llega desde el Sur y sitúa a la “madre tierra” como un organismo vivo al que pertenecemos todos y titular de sus propios derechos.

Resulta admisible que la nueva relación propuesta entre naturaleza y humanidad, contraviene la idea de desarrollo y crecimiento (re)producida por las sociedades industriales, mercantiles y postindustriales, e instalada en la política y cultura contemporánea, al menos en su cosmovisión occidental. Desarrollo desigual y crecimiento ilimitado que han sido los motores más activos del ecocidio y del etnocidio¹⁷, amparados por gobiernos más preocupados por promover los intereses de corporaciones bancarias y multinacionales, que por preservar los derechos de las personas, las colectividades y la naturaleza. En este sentido, conviene repasar las propuestas decrecentistas¹⁸ o, al menos, pensar en algún tipo de discriminación positiva cuando los derechos de un propietario o empresa, entran en conflicto con los de la naturaleza o el territorio. Por ejemplo, la misma Constitución ecuatoriana recoge en su artículo 395.4: “en caso de duda sobre el alcance de las disposiciones legales en materia ambiental, éstas se aplicarán en el sentido más favorable a la protección de la naturaleza”. En otras palabras, el principio básico es que las relaciones entre naturaleza y humanidad no deben estar basadas en la lógica de la mejora de las condiciones materiales humanas sobre las naturales, sino que debiera existir un equilibrio, defendiendo los derechos, en primer lugar, del eslabón más débil de la relación, o sea, del que no se puede defender por sí mismo.

Esta idea de equidad está basado en el concepto de “sumak kawsay” –traducido como “buen vivir” o “vida en plenitud- que recoge la sugerencia de equilibrio entre las condiciones

¹⁵ Santos, 2017, p. 46

¹⁶ Santos, 2017, p. 47

¹⁷ Beiras, 2013

¹⁸ Taibo, 2010

materiales para la reproducción social y las condiciones naturales o territoriales. Para su consecución el gobierno de Ecuador se autoimpone como un deber garantizar por igual los derechos de las personas, las colectividades y la naturaleza. Desde este punto de vista, la naturaleza constituye la condición de posibilidad para la vida humana, y en tal virtud su relación con las sociedades humanas depende de la forma en que éstas se visualicen y se proyecten a futuro. Por tanto, el resultado de un cambio civilizatoria debiera ser la desaparición de la separación entre naturaleza y humanidad, es decir, la naturaleza se imbricaría de manera presente en cada acción de las sociedades. Y ello sin significar una vuelta al pasado o una renuncia a las mejoras tecnológicas, sino reconociendo que una sociedad puede llegar a ser altamente tecnológica y productiva, integrando a la naturaleza a su propia dinámica interna.

En la búsqueda de una solución para el cambio epistemológico, Boaventura de Sousa Santos, recurre a la dialéctica temporal. En su opinión hoy vivimos en una época en la que la experiencia vivida solo se reconoce en las expectativas de progreso, crecimiento y desarrollo, llegando a ser un único concepto. De tal modo, que a su juicio una solución posible sería la de reinventar un nuevo pasado que confiera una lógica distinta al presente. Sin embargo, y aun sabiendo que el mismo autor reconoce que esta cuestión es sólo una parte del cambio epistemológico que deben acometer las ciencias sociales, existe una lectura alternativa que la geografía debe desarrollar a partir de la seductora provocación de Edward Soja de “poner el espacio en primer lugar”. Tal vez, pensando espacialmente será un camino interesante para poder pensar en la transformación social y en la emancipación.

La lógica espacial de la experiencia presente se convierte así en un contenido menos incierto y pausado. Dota a la lógica temporal de materialidad, sin necesidad de buscar nexos con los recuerdos ni con las expectativas. No se trata, en cualquier caso, de recurrir a la visión postmoderna de la yuxtaposición fractal de vivencias desconexas, sino de atribuir un significado de espacialidad simbólica al momento presente que permita reconfigurar un proyecto emancipatorio. En este sentido, el espacio no sustituye al tiempo, sino que le atribuye un sentido, lo amortigua y lo reposa. En consecuencia la transformación epistemológica de las ciencias sociales no es temporal o espacial sino espacio-temporal.

Ningún otro concepto -en geografía- como el de “lugar” posee mejores características, como herramienta para “pensar espacialmente”. En la búsqueda de una espacialidad simbólica para la experiencia presente, los territorios, los paisajes y las ciudades se comportan como escenarios artificiales o escaparates en descomposición, mientras que el lugar constituye el espacio retenido, cargado de identidades y subjetividades. Aquí radica buena parte de la fuerza emancipadora del pensamiento espacial; en la reinvención del lugar como fuente de orgullo y de empoderamiento, que nos aleja de la idea de “progreso” de la modernidad, pero que persigue, en última instancia, la mejora de las condiciones de vida.

En Galicia, por ejemplo, las cabezas de ganado vacuno han crecido de forma exponencial durante los años de la crisis. Se trata de explotaciones intensivas para la producción cárnica y lechera. Para muchos, este hecho, sirve para justificar una mejora del sector, al observar las cifras económicas agregadas de resultado. Sin embargo, si se realiza una lectura espacial, tal vez las conclusiones sean otras. Una de las cuestiones que más llama la atención de la actividad ganadera en la actualidad en Galicia, es que alrededor del 60% del alimento para el ganado es importado. La explicación no viene de la falta de terreno disponible para forraje y cereal. Simplemente, se ha dejado de cultivar. El mercado hace que resulte menos costoso importar el producto que dedicar tiempo, esfuerzo y dinero a las parcelas de pasto y “millo”. Interviene

aquí la Ley de Rendimientos Decrecientes, ya que el beneficio económico que se obtendría de trabajar directamente la tierra (con la inversión que conllevaría), sería menor que si no se trabaja. El resultado es que las tierras de cultivo buscan alternativas de uso, de nuevo en el mercado. Así, algunas –cada vez menos– se convierten en solares aprovechando la cierta laxitud de la práctica urbanística, otras buscan rendimiento en las especies madereras de crecimiento rápido como el eucalipto o el pino, pero la mayoría, acaban abandonadas y sin encontrar quien responda por ellas. En otras palabras, los resultados espaciales de este proceso son: diseminación edificatoria (como un elemento inducido), forestalización homogénea y abandono. Los tres grandes pecados capitales del colapso territorial, junto con algunas anomalías urbanas.

El problema ya no es solo que la producción de “Galicia Calidade” se alimente con alimentos traídos de China, sino que el modelo territorial resultante está en el centro de las más plausibles explicaciones de fenómenos tan dramáticos como la crisis demográfica, la megaminería o los incendios forestales. El modelo de gestión política para el desarrollo endógeno llevado a cabo en el pasado reciente, genera las mejores condiciones para los mecanismos de acumulación por desposesión y las peores para la naturaleza y los usos sociales del espacio. Sin embargo, si volvemos al concepto del “Derecho del Territorio o de la Naturaleza”, es decir, si intentásemos reconocer un sujeto jurídico al margen del pensamiento eurocentrífugo, entonces, advertiríamos que el artículo 2.2 del Estatuto de Autonomía de Galicia señala: “la organización territorial tendrá en cuenta la distribución de la población gallega y sus formas tradicionales de convivencia y asentamiento”. En otras palabras, las políticas sectoriales, urbanísticas y territoriales han contravenido el propio principio jurídico que recoge el Estatuto desde su aprobación en referéndum. Aunque la forma “tendrá en cuenta” sugiere ambigüedad y discrecionalidad, lo cierto es que, de algún modo, la puerta al cambio epistemológico que incluyese la posibilidad de “pensar espacialmente”, estaba prevista, a pesar de que, al parecer, no se tomó muy en serio.

En el fondo, la cuestión central del cambio civilizatorio propiciado por una suerte de emancipación espacial, es que lo urgente es lograr dejar al territorio al margen de las lógicas económicas que lo convierten en un producto más del mercado o en únicamente un soporte para que tengan lugar sus dinámicas internas. Es decir, llegar a comprenderlo no como una mercancía a la que es aplicable la ley del valor capitalista (bien de uso, bien de cambio) y que, por tanto, es susceptible de entra en los juegos especulativos de los fondos de inversión. Tal vez, para acometer este paso, lo más inteligente puede ser comenzar por aquellos ámbitos que mejor han soportado los efectos del colapso territorial.

Dichos procesos de separación del territorio de su mercantilización pasan porque la iniciativa sea tomada por movimientos que se organizan de forma distinta a como lo hicieron en décadas pasadas. En muchas ocasiones ya no emergen de los centros urbanos, comerciales e industriales, sino que lo hacen de lugares más o menos remotos, impregnados de cierta espacialidad de margen y con un significado propiamente rural, o vinculados con identificables elementos naturales o patrimoniales. Incluso desde dentro de la ciudad, el refuerzo organizativo de estos movimientos proviene de cuestiones como el acceso a la vivienda, la salud de los árboles de una avenida, el mantenimiento de la vida de una pequeña plaza, el derecho a desplazarse en bicicleta o caminando, la recuperación para lo social de edificaciones singulares y otras reclamaciones para las que la agenda política convencional no suele encontrar tiempo. Este hecho, junto con la conocida virtud de establecer relaciones de “abajo a arriba” y toma de decisiones “horizontales”, parece guardar un contacto muy especial con la capacidad

emancipadora de la recuperación del “lugar” como herramienta política. Al fin y al cabo, es gracias a estas reclamaciones de escala más doméstica y de tiempos más pausados, las que garantizan, de algún modo, su espacialidad simbólica e identitaria. A ello contribuyen los pequeños detalles, desde los grafitis en las puertas de los aparcamientos, hasta la preocupación por el tendero de la esquina. Pensar espacialmente nos corresponibiliza del lugar donde vivimos, al igual que lo hacemos de la escalera o el ascensor comunitario.

Finalmente, los lugares que sostendrán el cambio civilizatorio estarán fundamentados en las dinámicas más activas e imaginativas de contestación al poder establecido por la cosmovisión de la modernidad europea. Abanderadas por el feminismo y las reclamaciones de los colectivos más débiles, tales como el punto de vista de los migrantes o de los refugiados, de los niños y de los ancianos, de las personas con discapacidades, de las distintas opciones de género o de los parados. Es decir, de aquellas manifestaciones que no gozan de centralidad (aún) ni referencialidad en el actual tablero político y que no encuentran acomodo en las formas tradicionales de organización. Junto con una visión de lo natural radicalmente distinta en lo relativo a las prácticas humanas, el “buen vivir” debiera venir de una transformación hacia un nuevo entendimiento entre la misma humanidad basada en una nueva época más tolerante, más diversa e inclusiva. Ello también contribuirá a aumentar la complejidad de los territorios.

Además, la emancipación espacial propicia la aparición de pequeñas iniciativas encaminadas a nutrir al cambio civilizatorio. Los grupos de consumo que se pueden articular a la escala del lugar favorecen las dinámicas colectivas de soberanía alimentaria e, incluso, energética. Si algo ha puesto de relevancia el colapso territorial es la extremada dependencia de canales internacionales de provisión de alimentos y desamparo frente a la fluctuación de los precios de la energía eléctrica y los combustibles fósiles basados en el petróleo. Aun cuando nuestros espacios rurales se encuentran abandonados o forestalizados artificialmente y nuestros ríos y montes sufren el saqueo perpetuo de empresas explotadoras de recursos naturales para el interés privado, pensar en un modelo de autoabastecimiento o, al menos, control de dichas prácticas, sigue suponiendo un planteamiento revolucionario. Se debiera partir de la base de plantearse cuales son las necesidades concretas para el “buen vivir”, distinguiendo de las superfluas, de las universales. En este sentido la cultura del decrecimiento ofrece posiciones que nos hacen plantearnos sobre la necesidad de consumir productos fuera de temporada, aumentando de este modo las importaciones y haciendo caer los precios de los cultivos locales, o sobre el uso del vehículo privado para “casi todo”, cuando se podría perfectamente realizar caminando o en transporte colectivo, o sobre la posibilidad de cambiar nuestro armario a la última tendencia sin apenas haber lucido el anterior. El realidad las respuestas para esas necesidades “creadas” tienen que ver más con el tiempo, con los procesos de crecimiento y las lógicas del progreso que con el espacio. De proponernos dar una respuesta espacial a esas preguntas (lo cual representa un cambio epistemológico para las ciencias sociales), tal vez, las necesidades dejasen de serlo y, en consecuencia, se podría acabar con la noción de “patada a seguir” –tan frustrante- que asola a las sociedades contemporáneas y que nos impide saborear como es debido los éxitos y reflexionar, para sacar lecciones de futuro, de los fracasos.

Conclusión

A lo largo del presente trabajo hemos tratado de explicar cómo el despliegue de los procesos de acumulación por desposesión ha contribuido a la artificialización de los territorios. Este hecho ha provocado una pérdida de su complejidad continuada y acelerada que los ha llevado

a una situación de colapso. Dicho colapso se manifiesta irreversible y casi imposible de gestionar con las actuales herramientas políticas.

En cualquier caso, no todos los territorios se comportan de igual modo frente al colapso. Los más perjudicados serán aquellos más dependientes del avance tecnológico del capitalismo, destacando las grandes regiones metropolitanas que, a día de hoy, generan la mayor parte de los flujos de personas, mercancías y capitales. Sin embargo, aquellos que han logrado mantener un nivel de complejidad relativamente estable, gracias a dinámicas identitarias singulares, son los ámbitos en los que nos debiéramos fijar para tratar de construir una nueva realidad postcolapso. Concretamente, las ciudades intermedia y su rural próximo.

Del análisis de la morfogénesis del colapso es posible imaginar un cambio civilizatorio “seguro” de la mano de unas ciencias sociales que sufran una transformación epistemológica. Se ha defendido que dicha mutación debería contener un intento de pensar espacialmente, interpretándolo a través de dos premisas: la construcción de una nueva relación entre la naturaleza y la humanidad y la reinvención de lugar en la búsqueda de una espacialidad simbólica alternativa. Todo este proceso pone en relevancia la potencia de la emancipación espacial frente a la hegemonía historicista y economicista. El espacio como herramienta revolucionaria para contribuir a una nueva organización social que abandone postulados eurocéntricos y colonizadores.

Se abre entonces la posibilidad de interpretar el colapso territorial como una oportunidad para construir una nueva civilización a partir de un pensamiento espacial que confiera medida, responsabilidad y contenido a los ciclos temporales de desarrollo social. Descolonizar el pensamiento como paso previo a emanciparnos de las consecuencias del nuevo imperialismo (ya no tan nuevo) como insiste Boaventura de Sousa Santos.

Bibliografía

DIAMOND, J. *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona: Debate, 2006.

GORSFOGUEL, R. La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global. *Tabula Rasa*. Bogotá: núm. 4, p. 17-48, enero-junio de 2006. <<http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n4/n4a02.pdf>>

HARVEY, D. *The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism*. Oxford: Oxford University Press, 2010 (Traducción castellana [2012]: *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Madrid: Akal, Cuestiones de Antagonismo).

HARVEY, D. *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*. New York: Verso Books, 2012 (Traducción castellano [2013]: *Ciudades Rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, Pensamiento Crítico)

MCNEILL, J. *Something new under the sun: An environmental History of the Twentieth-Century World*. New York: W. W. Norton&Company, 2000.

NAREDO, J. M. *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas.* Madrid: Siglo XXI, 2010.

SANTOS, B. *Justicia entre Saberes: epistemologías del Sur contra el epistemicidio.* Madrid: Ediciones Morata, 2017.

SOJA, E. *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones,* Madrid: Traficantes de Sueños, 2008.

TAIBO, C. *Decrescimento, crise, capitalismo.* Porto: Estaleiro Editora, 2010.

TAIBO, C. *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo.* Madrid: Editorial La Catarata, 2016.

TAINER, J. A. *The Collapse of Complex Societies.* New York & Cambridge: Cambridge University Press, 2006.